

Cuentos de Adviento y Navidad

RECOPILACIÓN DE TEXTOS DE LAS
ESCUELAS WALDORF

**NARRACIONES PARA ACOMPAÑAR, EL CAMINO
DE MARIA Y JOSÉ HACIA EL PESEBRE.
UTILIZANDO EL ESPIRAL DE ADVIENTO**

Cuatro domingos antes de Navidad comienza la época de Adviento. Existe una bella forma de celebrarlo en familia con los niños:

En un rincón de la casa, o sobre un mueble o una mesa, se va formando poco a poco el paisaje, que atraviesan caminando, paso a paso cada día, María, José y el burrito a Belén.

Durante la primera semana, se ponen piedras sobre una tela marrón o beige. Las más lindas trazan el camino de María. Durante la segunda semana se añaden las plantas: musgos, palmeritas, flores, arbolitos. La tercera semana se hacen aparecer ovejitas y otros animalitos. Finalmente la cuarta semana, los pastores vienen a ocuparse de sus rebaños, mientras María, José y el burrito, llegaron al pesebre.

Los cuentos de este librito siguen el desarrollo del paisaje. Ilustran el camino de la época de Adviento y pasan del reino de los elementos al reino vegetal, luego al reino animal para concluir el reino humano.

Ha sido concebido para ser leído a los niños en edad escolar. Es un calendario de adviento contado. De historia en historia conduce hasta la Navidad.

Para los niños más pequeños es aconsejable no elegir más que cuatro historias, para cada semana una. Se la puede ilustrar actuándola en el pequeño paisaje con las figuras.

La alegría de preparar Navidad fue la fuente de inspiración de estos cuentos. Esta despertó en mí, más allá de la necesidad de escribir, el deseo de mostrar de una

manera accesible a los niños, que Navidad es un acontecimiento esperado por el mundo entero. Siguiendo el hilo de estas narraciones debería despertarse el sentimiento de que la luz divina, pálida al comienzo de Adviento, va intensificándose de día en día para brillar en todo su esplendor en el momento de Navidad.

Me he inspirado en diferentes historias de navidad conocidas, como por ejemplo en los hermosos del poema del poeta Felix Timmermans, con el cual me siento en deuda....Pero lo que me decidió finalmente a publicar este librito fueron dos ojitos radiantes de niño que creían en los milagros y dos orejitas que querían escuchar siempre más.

George Dreissig



Primera Semana



**MENSAJE DEL ÁNGEL AZUL
SEMANA DEL REINO MINERAL**

**SE PUEDE CUBRIR EL LUGAR ELEGIDO PARA
REPRESENTAR EL MISTERIO DEL NACIMIENTO CON
UNA TELA "AZUL
PROFUNDO" Y ES TIEMPO DE PONER EN EL
CAMINO DE BELÉN LOS CRISTALES, LAS PIEDRAS Y
LAS ESTRELLAS.**

PRIMER DOMINGO EL ÁNGEL AZUL

¿Cómo sabemos que se aproxima la Navidad?... No la podemos percibir con los ojos, pues los días y las noches transcurren como siempre y los seres humanos viven y se ocupan de sus asuntos como es costumbre.

No se le puede escuchar con los oídos, pues son siempre los mismos ruidos que resuenan, los autos que pasan, los aviones que aterrizan, los niños que gritan....

Y sin embargo cuatro semanas antes de Navidad pasa algo muy importante: Un gran ángel desciende del cielo para invitar a los habitantes de la tierra a preparar la Navidad. Está vestido con un gran manto azul, tejido de silencio y de paz. La mayoría de las personas no lo percibe, porque están muy ocupadas en otras cosas, pero el ángel canta con una voz profunda y sólo aquellos que tienen un corazón atento pueden escucharlo.

Su canto dice así: “El cielo viene sobre la Tierra, Dios viene a habitar el corazón de los hombres, poned atención! abridle la puerta!”.

Y así es como en este día el ángel pasa y habla a todos los seres humanos, y aquellos que lo escuchan se disponen a preparar la Navidad, cantando algunas canciones y encendiendo velas.



CAMINO A BELÉN

Un día, yendo María y José hacia Belén se encontraron con una piedra enorme. Estaba en medio del camino y lo ocupaba todo.

Así, todos los que por allí pasaban o tenían que buscar un sendero entre los arbustos a ambos lados o trepar por la poderosa piedra.

Esta piedra tenía una historia muy especial. Cuando se estaba construyendo el camino, siete hombres fuertes tenían que tratar con todo empeño hasta que la echaron a un lado. Pero cuando al día siguiente volvieron al trabajo, la gran piedra se encontraba otra vez en el lugar de antes, como si siempre hubiese estado allí.

Entonces los hombres protestaron furiosos, se arremangaron y repitieron el duro trabajo, y al día siguiente la encontraron donde había estado antes. Esta vez estaban blancos de cólera, y con todas sus fuerzas la hicieron rodar afuera del camino. Al día siguiente estaba otra vez en el lugar donde siempre había estado. Pero esta vez no se enojaron, sino que se miraron desconcertados por este misterio. Decidieron entonces ir a un ermitaño que vivía en el bosque y le contaron todo. Él les escuchó atentamente y asintiendo con la cabeza con aire comprensivo les dijo: “Aquel que debe apartar del camino esta enorme piedra no ha llegado aún. Por lo tanto dejad la piedra donde está y permitid que aquel que tiene la misión de hacerlo, la haga rodar afuera del camino”.

EL SECRETO DE LA GRAN PIEDRA

Un día, yendo María y José hacia Belén se encontraron con una piedra enorme. Estaba en medio del camino y lo ocupaba todo.

Así, todos los que por allí pasaban o tenían que buscar un sendero entre los arbustos a ambos lados o trepar por la poderosa piedra.

Esta piedra tenía una historia muy especial. Cuando se estaba construyendo el camino, siete hombres fuertes tenían que tratar con todo empeño hasta que la echaron a un lado. Pero cuando al día siguiente volvieron al trabajo, la gran piedra se encontraba otra vez en el lugar de antes, como si siempre hubiese estado allí.

Entonces los hombres protestaron furiosos, se arremangaron y repitieron el duro trabajo, y al día siguiente la encontraron donde había estado antes. Esta vez estaban blancos de cólera, y con todas sus fuerzas la hicieron rodar afuera del camino. Al día siguiente estaba otra vez en el lugar donde siempre había estado. Pero esta vez no se enojaron, sino que se miraron desconcertados por este misterio. Decidieron entonces ir a un ermitaño que vivía en el bosque y le contaron todo. Él les escuchó atentamente y asintiendo con la cabeza con aire comprensivo les dijo: "Aquel que debe apartar del camino esta enorme piedra no ha llegado aún. Por lo tanto dejad la piedra donde está y permitid que aquel que tiene la misión de hacerlo, la haga rodar afuera del camino".

Los hombres volvieron a su cantero y siguieron su consejo, así
la
piedra quedó allí en medio apesadumbrando a muchos
viajeros.

También María y José se pararon delante de la piedra, pues José
no la podía hacer rodar ni siquiera con ayuda del burrito.
Cuando estaban así pensativos delante del obstáculo, José tocó
sin

darse cuenta la piedra con su bastón. Era un golpe muy liviano,
pero no bien la hubo tocado esta se quebró en dos partes
cayendo cada una de las mitades a ambos lados del camino.

Y ahora se podía observar que la poderosa piedra estaba llena
de cristales que brillaban refulgentes a la luz del sol.

Poco tiempo después, el ermitaño pasó por este camino.

Cuando
vio la piedra quebrada y los cristales que brillaban en su
interior,
sus ojos se iluminaron y se dijo: “Aquel a quien estaba
destinado
abrir el camino ha aparecido”; y su corazón se llenó de alegría y
esperanza



LA AGUJA DE PLATA DE LUNA Y EL HILO DE ORO DE ESTRELLAS

Con veneración discreta José miraba a su querida esposa y el misterio de este niño Jesús que llevaba bajo su corazón. Hacía lo posible por hacer a María la vida más bella y más fácil. Hubiera deseado ofrecerle bonitos adornos y hermosos vestidos, como los ricos ofrecen a sus esposas. Pero José era pobre, no tenía un centavo. Esto le entristecía por momentos; sin embargo María no se quejaba jamás de no tener nada para adornarse.

Desde que estaban en camino a Belén sufrían cada día de su pobreza. A veces no tenían que comer y quedaban con hambre porque nadie les daba nada. Otras veces, llegaban cerca de un pueblo y a su llegada, las puertas de las casas se cerraban. Entonces no les quedaba más que dormir afuera bajo las estrellas. En estos momentos José se decía bajito: “Dios ha escogido a María para que dé a luz a su hijo y tú la haces una mendiga”. ¡Si sólo tuviese un poco de dinero...! El ofrecería algo a María, algo bonito. ¿Qué podría vender? No poseía nada superfluo, aparte de, puede ser... su bastón. Él lo había cortado en el bosque. ¿Encontraría a alguien que se lo comprase?

Una noche en que María y José dormían al aire libre, José tuvo un sueño. Soñó que un hombre venía a golpearle en el hombro para despertarlo. Debía ser muy rico, sus vestidos eran soberbios. Sin embargo su mirada era amistosa, sin la menos conmiseración.

José le preguntó: “¿En qué le puedo servir?”; el extranjero le respondió: “deseo comprar tu bastón, me han dicho que lo vendías”. José se inclinó para tomar su bastón. ¡Qué sorpresa: encontró un bastón forjado en oro y plata magníficamente trabajado! ¿Dónde estaba y qué había pasado con su viejo bastón esculpido? José tendió al extranjero el maravilloso bastón. El hombre dijo: “En este momento te lo voy a pagar”.

Con estas palabras, levantó su mano derecha, y de pronto el cielo se puso a resonar e hilos de oro se pusieron a descender de las estrellas. El hombre los tomó delicadamente y los ovilló en el bastón. Luego levantó enseguida la mano izquierda. La luna creciente vino a posarse y tomó la forma de una aguja de plata.

“Toma esto como pago”. Y con estas palabras, desapareció. José, muy sorprendido, contemplaba este precioso regalo con el que no sabía muy bien qué hacer. Pero ya, hilo y agujas se movían entre sus manos. El hilo se enhebró solo en la aguja de plata y ésta

se puso a bordar. Bordaba estrellas sobre el manto azul de María.

Cuando el hilo se hubo terminado, las estrellas brillaban en el manto tal como lo hacen en el cielo durante la noche. Entonces la aguja se elevó de nuevo hacia las estrellas y volvió a ser la luna creciente.

¡Qué sueño maravilloso! Por la mañana, José se despertó de buen humor. Encontró su viejo bastón en tierra a su lado. ¡Cómo había aparecido transformado durante la noche! De repente su mirada percibió el manto de María: mil estrellas bordadas de oro brillaban sobre el pobre tejido. María y José las contemplaban con la misma alegría, ¡qué maravilla! María dijo “Es demasiado hermoso ahora este manto para mí”. Así, a pesar de la pobreza de José, María pudo llevar un manto espléndido estrellado, el de la reina de los cielos.



EL MILAGRO DE LA FUENTE

En la época en que María y José y también el pequeño asno caminaban en dirección a Belén no había todavía agua corriente. Las mujeres y las jóvenes tomaban su cántaro e iban a sacar agua a la fuente.

Allí se encontraban para charlar. La fuente era un lugar de reencuentro, el sitio en que intercambiaban las últimas novedades. Esa tarde, Ruth tomó su cántaro para ir a la fuente. Desde que salió de su casa fue deslumbrada por la luz intensa de una estrella. Esta tenía tal resplandor que las otras estrellas, la luna incluso parecían completamente pálidas. Ruth, maravillada, se quedó quieta en el lugar. No podía despegar sus ojos de esta estrella resplandeciente. Se olvidó de la hora y de lo que tenía que hacer. ¿Qué mensaje anunciaba este astro luminoso?

El viento la sacó de su sueño. Tomó su cántaro y se dirigió rápidamente hacia la fuente. Allá no había ya nadie. Todos habían vuelto a casa. Ruth colgó ágilmente su cántaro a la cadena, pero se paró de nuevo: la estrella se reflejaba en el fondo del pozo, y el agua brillaba allí dentro como el oro. La joven maravillada murmuró “qué luminoso resplandor, si por lo menos la abuela lo pudiese ver”. Pero la abuela estaba sentada en casa, en su sillón. Sus piernas, debilitadas por la edad, casi no la podían sostener. Ruth dejó deslizarse lentamente su cántaro en el pozo para no enturbiar el agua.

Cuando lo volvió a subir, la joven se maravilló otra vez. Pues el agua del cántaro brillaba tanto como el oro. Entonces, mojó la punta de su dedo y la probó: el agua tenía el mismo gusto que de costumbre. Ruth levantó su cántaro y volvió bien rápido a casa. En cuanto abrió la puerta gritó: “¡Abuela, mira lo que te traigo!”, y le hizo contemplar el agua que relucía como oro puro. “¡Mira! ¡Ha guardado el destello de estrella para que tú la pudieses ver!”.

La anciana miró el agua pensativamente y dijo: “¿Cuál será esta luz que comienza a brillar sobre el mundo y que al agua pura le gusta conservar su destello?”. Después, volviéndose hacia Ruth añadió: “He aquí que yo veo incluso el reflejo en tus ojos. Guárdalo como lo más precioso”.

La noticia del agua de oro se expandió rápidamente y todos venían a sacar de ella. Sacaban cantidades pero el agua de oro no se agotaba. Guardó su resplandor hasta... ¿hasta cuándo justamente? Hasta el día en que el niño Jesús nació en Belén. Es él desde entonces el que empezó a iluminar el mundo con su luz.



LA CANCIÓN DEL VIENTO

María casi no había salido de Nazaret, y le costaba viajar a tierra extranjera. Hasta ese día nunca había tenido que mendigar para encontrar un techo, y jamás había dormido al borde del camino. Los días se le hacían muy penosos. El sol brillaba sobre el mundo mientras que María y José se apuraban por llegar a Belén. Pero a la noche, María extrañaba.

Acostada en la oscuridad pensaba en Nazaret: en su casita, en los rosales del jardín, en el aroma del jazmín bajo la ventana, en el murmullo del viento que jugaba entre el follaje de los árboles y de los arbustos donde bailaba bajo las espigas. ¡El viento era un gran y viejo amigo! Por la mañana antes que María se levantase entraba por la ventana abierta. Murmuraba dulcemente o soplaba enojado y María no tenía necesidad de mirar el cielo, pues sabía que tiempo iba a hacer según el olor o la humedad que traía.

Pero aquí, en un país extranjero el viento parecía diferente, un viento que María no conocía y entonces se sentía más sola todavía. Pero, ¿no es cierto que el viento sopla donde quiere? Pero aunque parezca imposible, el mismo viento que rodeaba a María sentía su tristeza; ¿cómo reconfortarla? Retuvo su soplo y reflexionó largo tiempo. Normalmente tendría que soplar todo lo que pudiese y entrar en todos los rincones por todas las fisuras. Sin embargo le parecía que María se sentía tan sola lejos de su país natal...

De repente, entonó otra canción. Cantó la primavera de Nazaret, el grano que germina, las corolas que se abren, la gloria de las flores, el murmullo de las abejas. Y en ese canto tan dulce, tan pleno de amor, reconfortó el corazón de María y se durmió feliz.

¡Qué buen viento! No puede dejar de ocuparse de María, la dulce madre de Dios.

No os extrañéis pues, cuando al acercarse Navidad, el viento entona cánticos primaverales para María, para que no se sienta tan sola y abandonada sobre tierra extranjera.

LA LUZ EN EL FAROL

Al caer la noche, Tito el posadero tomó su farol para ir al establo y renovar el heno de Remo, el buey. Al prender la vela, Tito se dio cuenta que estaba casi consumida. “Por esta noche alcanzará”, murmuró.

Atravesó el patio acompañado de la pequeña llama que disipaba la oscuridad alrededor de él. Tito penetró en el establo y colgó el farol en un gancho del techo. Después con su rastrillo repartió el heno en el pesebre. De pronto escucho un ruido que venía de la casa; su mujer lo llamaba: “Tito, ¿dónde estás? Han llegado

huéspedes”. En ese momento, dejó caer el heno y tomó el farol pero justo la llama clara de la vela se elevó una última vez para volver a caer enseguida y desaparecer. “¡Qué le vamos a hacer!”, gruñó tito en la oscuridad. Dejó el farol colgado sobre el pesebre y se apresuró en atravesar el patio para volver a entrar en casa.

Al día siguiente, Tito no pensó más en el farol. Sin embargo, a la noche se acordó que lo había dejado en el establo, colgado arriba del pesebre. Se fue a buscar una nueva vela y atravesó el patio.

Ahí se dio cuenta de una luz que brillaba tras la ventana del establo. Sorprendido se frotó la cabeza, pues él había visto muy bien cómo la vela se extinguía la noche anterior.

Llamó a su mujer para mostrarle la extraña luz. Los dos juntos fueron al establo para verla más cerca. “Qué raro, ésta luz brilla para nada y para nadie”, murmuró Tito. Y la mujer añadió: “Quién sabe por qué esta llama no se extingue. No la molestemos, esperemos que se consuma por sí misma”. Es así como en la víspera de Navidad, cuando María y José, seguidos por el pequeño asno, buscaron un albergue para pasar allí la noche, descubrieron el establo suavemente iluminado que parecía esperarlos... Y la luz continuó brillando hasta después del nacimiento del niño, para iluminar el mundo alrededor de él.

Sin duda queríais saber cuál era esta luz que brillaba con tanto fervor. ¿Una vela? ¡Por supuesto que no! Por lo menos no una vela común como las otras. No, yo voy a decíroslo: aunque no os lo imaginéis, una pequeña estrella se había deslizado en el farol.

Destellaba allí con amor, pues quería estar allí para el nacimiento de Jesús. Si Tito hubiese mirado bien, la habría visto él también.

Segunda Semana

MENSAJE DEL ÁNGEL ROJO SEMANA DEL REINO VEGETAL



ES TIEMPO DE PONER EN EL CAMINO DE BELÉN
PLANTAS O SUS DERIVADOS: HOJAS, FRUTOS, MUSGO, PIÑAS...

SE PUEDE SALIR CON LOS NIÑOS A RECOGER TESOROS DE LA NATURALEZA
. OBSERVAR, AFINAR LA MIRADA
Y DARSE CUENTA DE LO QUE LA NATURALEZA NOS OFRECE EN ESTA
OCASIÓN.

UN TEJIDO LIGERO AZUL PÁLIDO
SE INCORPORA AL SUELO , FORMANDO UN LAGO SERENO, Y EL VERDE
LLEGA SUTIL.

LA NATURALEZA APORTA NUEVOS COLORES: ALGUNA RAMITA, SEMILLAS Y
HOJAS COMPLETAN LA IMAGEN TRAYENDO VIDA.

SEGUNDO DOMINGO

EL ÁNGEL ROJO

En este día, un segundo ángel desciende del cielo; va vestido con una gran capa roja y lleva en la mano izquierda una gran canasta, toda de oro. La canasta está vacía y él anhela llenarla para luego llevarla rebosante ante el trono de Dios, pero ¿qué ha de poner en ella? La canasta es muy fina y delicada, pues está hecha con rayos de sol; por lo que no ha de llenarse con cosas duras y pesadas.

El ángel pasa sobre toda la tierra y, muy discretamente, busca en todas las casas. ¿Qué busca?, mira en el corazón de todos los hombres, para ver si encuentra ahí un poco de amor verdaderamente puro. Y ese amor lo guarda bajo su capa y... lo lleva hacia el cielo. Y allá, aquellos que habitan el cielo, los ángeles y también los hombres que murieron en la tierra, toman ese amor y hacen de él la luz para las estrellas.



EL ÁRBOL QUE SOÑÓ UNA FLOR

Había una vez un arquero, que vivía en las estrellas, cuyas flechas no causaban heridas, sino amor por todas las cosas buenas y bellas.

Un día tiró una flecha que cayó en la Tierra en una ladera fría y desnuda de una montaña, donde nunca antes había crecido planta alguna. Las plumas de la flecha se hicieron raíces y la flecha creció hasta convertirse en árbol. Este árbol fue el primer pino.

El árbol creció recto y erguido, apuntando a las estrellas. Conforme las veía, las amaba, porque eran buenas y bellas. Así es que cada día crecía más alto, pues siempre deseaba alcanzarlas. Las piedras de ese lugar desolado se habían alegrado mucho de que el pino creciera entre ellas, pero cuando lo vieron siempre añorando las estrellas, temieron que se fuera hasta ellas.

Entonces las piedras le dijeron:

"No te olvides de nosotros, querido pino. Está bien que ames tanto las estrellas, pero por favor, quiere a la tierra también un poquito".

El pino las oyó, y mirando hacia abajo sintió pena por las rocas prisioneras de la tierra y mandó a sus raíces que se hundieran más profundamente y las abrazaran. Sentía ya un poco de amor hacia la tierra y las rocas, sin dejar de amar el cielo y las estrellas.

Los animalitos que vivían en la fría y desnuda ladera, necesitaban sombra y protección, y le dijeron al pino:

"Querido pino, no te olvides tampoco de nosotros. Nos da gusto ver tu cabeza erguida hacia las estrellas, pero ¿No quisieras bajar tus brazos un poquito hacia la Tierra y brindarnos sombra y protección?".

Los escuchó el pino, y sintió pena por los animalitos de la ladera; dejó que sus brazos bajaran hasta que los más bajos acariciaban la tierra con sus dedos extendidos. Y los animalitos de la ladera se escondieron bajo las ramas muy agradecidos, y ahí encontraron refugio de las tormentas, y calor cuando las noches estaban frías.

Ahora, con su tronco recto, sus ramas colgantes, y la punta dirigida hacia las estrellas, mostraba el pino, por su misma forma, que era una flecha convertida en árbol.

Y aprendió a amar la tierra más y más, y a llevar más y más minerales al subsuelo en su savia, hasta que por fin quedó envuelto en una corteza, y su madera tenía cada vez menos suavidad de planta y más dureza.

Donde había dejado caer sus hojas abusadas sobre la tierra, el terreno se fue haciendo más rico cada vez, de manera que musgos y plantitas pequeñas comenzaron a crecer, y poco a poco fueron más y más las plantas que empezaron a cubrir la antes desnuda ladera. Plantas acuáticas empezaron a crecer en las charcas que la lluvia dejaba entre las rocas. Entre estas, había una mata de lirio acuático que miraba amorosamente al pino y escuchaba encantada y con añoranza cuando este les hablaba de las estrellas a las piedras y a los animalitos que se cobijaban bajo sus ramas.

Se les hacía como un cuento de hadas, ya que las piedras prisioneras de la tierra, no podían ver el cielo; y los animalitos que caminaban en cuatro patas, no podían levantar la cabeza lo suficientemente alta para ver las estrellas punto y los musgos y las piedras, los animalitos y las plantas de lirio acuático suspiraban:

"¡Ay! ¡Si una estrella pudiera bajar y viviera entre nosotros!"

El pino se preguntaba cómo podría esto llegar a ser punto hubiera querido que los musgos y las piedras, los animalitos y todos compartieran su alegría admirando la bondad y la belleza de las estrellas. Hasta que a la noche, tuvo un sueño.



En el sueño, se veía pronunciando unas palabras mágicas que iban directamente a una estrella. La estrella venía hacia la Tierra en una curva incandescente semejante a una chispa desprendida del cielo y entraba en su savia. De repente, por la corteza de una de sus ramas, rompió una estrella, encerrada en un capullo; y el capullo se abrió en una exquisita y delicada flor de suaves pétalos de tenues colores punto y esa flor era la cosa más hermosa que hubiera nacido sobre la Tierra.

Todo esto sucedió hace mucho, mucho tiempo, cuando la Tierra todavía era joven, y nunca había habido flores en la tierra. Así que el sueño del Pino fue el primer sueño acerca de una flor.

Y la planta de lirio acuático, mirando con amor y maravilla alpino, vio las imágenes del sueño del Pino retratadas en el aire en su derredor.

Cuando el pino despertó, recordó lo que había soñado. Recordó también las palabras mágicas que había pronunciado en sus sueños y se dijo:

"¿Es entonces esta la forma de hacer descender a una estrella a la tierra? ¿Se volverá mi sueño realidad?".

Repitió en altavoz las palabras mágicas que llamaban poderosamente a que una estrella viniera a la tierra punto y la mata de lirio que lo miraba con amor y admiración, o yo como pronunciaba las palabras mágicas.

Tal como sucedió en su sueño, se desprendió una estrella que parecía una chispa encendida y que curvándose llegaba a la Tierra y entraba en la savia del Pino; tal como sucedió en el sueño, por la corteza de una de sus ramas rompió una estrella envuelta en un capullo. Y el pino temblaba de felicidad, y la mata de lirio mirando al pino con amor y admiración, temblaba de felicidad por él.



Pero lo que sucedió después, no pasó como el pino lo había soñado. La dureza y rigidez de la madera del árbol entraron en el capullo, haciéndolo leñoso. Pendía de la rama como una piedra y era del color de las piedras. Cuando se abrió, no tenía pétalos tiernos y delicados de tenues colores, como la exquisita flor que soñara, sino escamas gruesas y duras. No era una flor verdadera; era un cono del pino.

El pino exclamó angustiado: "¡Nunca podré realizar mi sueño! ¡Tengo demasiada dureza en mi savia!".

Y estaba tan apesadumbrado, que empezó a llorar. Llorando estaba cuando oyó una dulce voz que lo consolaba. Buscó la voz y vio que era la Mata del lirio acuático que crecía en el charco que la lluvia había formado entre las rocas.

Le decía la planta del lirio:

"No llores querido pino. Has hecho algo nuevo y maravilloso. Le has enseñado a las estrellas cómo pueden convertirse en Flores. Si tú y las demás plantas me lo permiten, trataré de hacer que tu sueño se vuelva realidad".

El pino se enjuagó las lágrimas y respondió: "Con mucho gusto".

Entonces, la planta de lirio acuático pronunció las palabras mágicas que había aprendido del pino, llamando insistentemente para que una estrella viniera a la tierra punto y bajo una estrella curvándose cual chispa celeste y entró en la savia de la planta de lirio acuático.

No había dureza en la savia del lirio, porque sus raíces están en el agua, y toda la planta era suave y tierna. Surgió un tallo entre las hojas, levantando a la estrella en alto, envuelta en un suave capullo. Y el tierno capullo se abrió en una flor de suaves raíces y tiernos pétalos, tan hermosa como la flor del sueño del pino. Y esta fue la primera flor verdadera. La primera flor verdadera fue un lirio. Y como la estrella que había entrado en la savia de la planta del lirio era una estrella de seis puntas, el lirio tenía seis pétalos.

Así como la planta del lirio, con amor y admiración, había aprendido del árbol de pino, así aprendieron otras tiernas plantas como llamar estrellas del cielo y convertirlas en flores. El árbol de pino estaba contentísimo de que su sueño se había convertido en realidad.

Y la flor del lirio le dijo: "Querido pino, mientras era yo una estrella entre las estrellas, oí una profecía antes de venirme a la tierra. La profecía fue ésta: por haber sido tú el primero que deseó traer una estrella a la tierra, y hacer que nacieran las flores, y porque deseabas dar este hermoso regalo a las piedras y a los animalitos, llegará el tiempo cuando, una vez por año, te veas cubierto desde la base hasta la punta con estrellas y flores, con regalos y velas encendidas. Así como las pequeñas criaturas de la montaña te aman ahora, así te amarán los niños del mundo.

¡Serás el árbol más y más amado en todo el mundo!"

Y así fue como la flecha del Arquero llegó a ser el árbol de Navidad.



LAS MANZANAS DEL PARAÍSO

En el jardín del Paraíso, había un árbol que nadie tocaba: era el árbol de Dios.

Portaba manzanas rojas, las más bellas que pueden imaginar. Todos los animales y los pájaros que pasaban cerca de este árbol detenían su curso o vuelo para contemplarlo, por lo bello que era: En aquel tiempo Adán y Eva vivían en este jardín. Iban a menudo a admirar el árbol, cuyos frutos estaban reservados para dios. Un día, la serpiente había convencido a Eva de cortar una manzana del árbol y probarla.

Después le había dado a Adán, el cual probó también. Entonces el árbol, de repente había perdido su esplendor. Y cuando Adán y Eva fueron arrojados del Paraíso, el jardín estaba triste por su bello árbol. ¿Que acto temerario! Los frutos del árbol habían palidecido de terror, se habían vuelto pequeños y duros, y su gusto jugoso y azucarado se había vuelto amargo como la hiel.

Así el manzano debía volver a encontrar un día de su belleza.

Cientos de años

más tarde uno de sus brotes se plantó en el jardín de María y José en Nazaret. El arbolito desmirriado creció. Cada año daba frutos pálidos, duros y amargos, que nadie comía ni siquiera el burrito. Un día de primavera el ángel vino al encuentro de María y le anunció que ella sería la madre de Jesús. Cuando atravesaba el jardín, el ángel pasó cerca del manzano y susurró: "Prepárate, manzanito, pues el tiempo de tu miseria ha terminado.

En Navidad, el hijo de Dios vendrá al mundo.

Recuerda que eres el árbol que porta los frutos de Dios".



Cíclica Ancestral por Jessica Snelde

En el curso de las semanas siguientes, María y José, muy asombrados, pudieron observar como el árbol se erguía, y florecía con tal magnificencia que se podía pensar que se podía venir abajo por la carga de las flores. Su follaje se llenó entonces de trinar y el zumbido de las abejas que llegaban de lejos atraídas por la golosina, para libar sus flores.

Después vino el tiempo en que la frondosidad del árbol escondió lo que se estaba preparando.

Y cuando maduraron sus frutos, no eran ya pequeños y duros sino muy grandes y con una forma redonda y hermosa. Y he aquí que las manzanas se fueron coloreando.

Al principio eran de un rosa delicado que se volvía cada vez más intenso; y al final, tenían mejillas de un rojo radiante. ¿Sabéis porque llegaron a ser tan rojas?

Es muy sencillo: estaban felices de poder ser de nuevo los frutos de dios, quien iba a venir pronto a la Tierra. María recogió sus frutos en un canasto, y viendo que eran tan firmes y tan buenos, les dijo a José:

“Vamos a guardarlas para el niño”. Y cuando partieron hacia Belén, María y José cargaron sobre el lomo del burro una bolsa de manzanas para el niño. Ellos no las tocaron ni cuando tuvieron hambre.

He aquí como el manzano fue liberado de su maldición. Hoy dona sus frutos a los hombres. Cada año sin embargo quedan algunas para el Niño Jesús: las más rojas. Muestran, en particular, cuanto se alegra el manzano de que Dios haya venido al mundo.



EL CARDO PLATEADO

Cuando Dios creó las flores, les preguntó a cada una: “¿Cómo te vamos a vestir?”

Algunas querían ser grandes y robustas, otras deseaban exhalar dulces perfumes.

Una prefería tener flores rojas, otras azules y otras también blancas. Y Dios concedía todos sus deseos.

Así fue como un día se dirigió a una flor: “Tú, pequeña criatura, dime tus deseos más queridos. “¿Quieres crecer o quedarte pequeña? ¿Quieres llevar flores rojas, amarillas o azules?”

“Yo sólo tengo un deseo”, respondió la planta. Me encantaría conservar mis flores hasta el nacimiento del niño Jesús si es posible. En cuanto al resto, me presto a todo: tanto a trepar como a llevar espinas”.

Amablemente Dios sonrió creó... al cardo mariano.

Este cardo crece en el suelo, sus hojas están llenas de espinas, pero sus flores brillan como estrellas de plata que se abren justo en Navidad, para saludar al niño Jesús.



EL BOSQUE DE ESPINOS

En el camino que los llevaba a Belén, María y José atravesaron un bosque. Los árboles se dirigían secos y delgados hacia el cielo. A la altura de los hombres, entre los troncos, abundan arbustos espinosos. Duros y nudosos, entremezclaban sus ramas que, en lugar de hojas, tenían enormes espinas agudas. Estas molestaban el paso de los viajeros y desgarraban sus vestidos. ¡El pobre burro!, no podía hacerse más delgado y no tenía ninguna posibilidad de evitar que las espinas que le arañaban la piel. Finalmente se detuvo, rechazando dar un paso más. María y José le suplicaron, después se enojaron. En vano; el burro, testarudo, quedaba en su sitio.

Lanzaba su “hi-han” despiadado cuando José le daba con su bastón para hacerle avanzar.

Entonces, José la emprendió con los arbustos espinosos. ¡Después de todo ellos eran los que hacían su marcha tan penosa! Pero María le puso su mano sobre el brazo y le dijo: “Querido José, no te enojas contra estos pobres arbustos. No tienen otra que llevar espinas sobre esta tierra tan árida. Si sólo tuviesen con que apaciguarse, estoy segura que nos acogerían con hermosísimas rosas a nosotros y a nuestros hijos.” Dicho esto, levantó sus ojos al cielo y rogó: “Dios Bienamado, que tu bondad nos llegue como rocío sobre estos pobres arbustos, para que puedan transformarse como lo desean”

Apenas María había terminado su oración, una dulce llovizna cayó del cielo.

A medida que iban saciando su sed, los arbustos perdían sus espinas, dando lugar a soberbias rosas, cuyos colores brillaban en derredor y cuyo perfume llenaba el aire de gran alegría. Dieron gracias a Dios por este milagro y el burrito feliz aspiraba el aire embelezado; y lleno de coraje, emprendió su trote en dirección a Belén.



SIMPLES CEBOLLITAS

Un mercader volvía de viaje. Había visitado países lejanos y traía los brazos cargados de regalos. Habían objetos y tejidos raros, especias exóticas y joyas. Cada uno de los miembros de la familia recibió algo extraordinario. Pero a su mujer, el mercader le ofreció una simple bolsa de tela. “Cuídala bien”, le dijo. “Parece que la bolsa posee dones de profecía. Nos anunciará la venida del Rey de los Reyes”. La mujer quedó muy sorprendida. A veces llevaba la bolsita tosca a su oreja y la miraba por todas las costuras, pero no encontraba nada de particular.

Un día, el mercader se ausentó por un nuevo viaje. Su mujer tomó la bolsita y se internó furtivamente en el bosque. Cuando se sintió escondida de todas las miradas, abrió la bolsa.

¿Saben que encontró allí? ¡Cebollas!, simples cebollitas. “¿Este era todo su secreto?, gritó decepcionada. Esparció las cebollitas sobre el campo y se volvió a su casa.

Las cebollitas quedaron olvidadas en el camino en el medio del bosque. Expuestas al viento y a la intemperie, fueron pronto cubiertas de polvo y tierra.

Ocurrió que en el camino que conducía a María y José a Belén atravesaba justamente este bosque. Y lo que el mercader había predicho ocurrió. Las cebollitas se abrieron bajo el paso de María y de ellas salieron pequeñas flores blancas y plateadas que iluminaban el suelo como si hubiera sido sembrado de estrellas.

Hoy todavía florecen estas pequeñas flores y anuncian la venida del Rey de los Reyes.

Florecen en algunos países en Navidad y se les llama” Rosas de Navidad”.



LOS PINOS

Cuando dios creó a los árboles los proveyó de raíces y ramas. Las unas se afirmaban a la tierra, las otras se elevaban hacia el cielo, pues ellos habían venido de allá y no

debían olvidarse jamás de su verdadera patria. Desde entonces, los árboles tienden sus ramas hacia lo alto como una plegaria silenciosa y perpetua, recordando a su Creador.

El pino, hace mucho tiempo, hacía lo mismo y, dirigiendo hacia arriba sus largas y anchas ramas dominaba incluso a los otros árboles. Pero esto es diferente hoy en día; ¿saben por qué?

Ocurrió así: Una noche, María la dulce madre de Jesús y José, su marido, se encontraban en un gran bosque de pinos. Estaban lejos de toda casa y no habían encontrado albergue esa noche. Entonces se acostaron al pie de un árbol para tratar de dormir.

Pero se levantó un viento fresco que se hacía cada vez más fuerte. Incluso acercándose mucho al tronco de los árboles elevados, no se estaba protegido.

Entonces María, en su angustia, se puso a acariciar el tronco del árbol que le protegía y dijo: “Perdóname que interrumpa la plegaria que diriges a nuestro padre. Pero mira: Dios mismo se ha inclinado hacia la tierra. Yo llevo a su hijo bajo mi corazón.

Y tiene necesidad de tu ayuda”. Con las palabras de María, un estremecimiento recorrió todo el árbol.

Lentamente, muy lentamente, fue volviendo sus ramas hacia el suelo, de forma que pareciese un enorme techo. El pino había perdido sus agujillas siempre una vez al año, pero aquí comenzaron a crecer. Así, las ramas del pino sirvieron de abrigo a María y José durante la noche.

Y desde ese día, el pino nunca pierde sus agujillas.



EL MISTERIO DE LAS ROSAS

¡Con que alegría había visto María florecer las rosas sobre el seto espinoso del bosque! Había juntado un ramillete que llevaba en su brazo bajo su manto para que estuviesen protegidas. Y las rosas permanecían frescas y guardaban su silencioso perfume para María.

Cuando María y José se encontraban cerca de Jerusalén, encontraron en el camino a dos soldados romanos que marchaban a paso firme como grandes señores y gritaban: ¿Paso a la armada romana! Uno de ellos golpeó el lomo del burrito. El pobre animal, asustado se echó al un lado, aunque el camino era bien ancho. Uno de ellos se dirigió a María con un tono burlón: “¿Hermosa, que escondes ahí? Déjame ver un poco”. Y metió la mano bajo el manto de María, pero la retiró de golpe gritando. Se había herido los dedos con las espinas. ¿Qué escondes ahí pues? Gruño blanco de rabia. María abrió su manto y apareció un ramo de espinas. Pensaba en el día que había florecido. ¿No le había enviado Dios un aliento benefactor para permitirles expandirse? ¿Qué les había sucedido ahora? María estaba apenada y José sentía su tristeza. Le puso la mano dulcemente en su hombro y le dijo para consolarla: “No te apenes María, han florecido durante mucho tiempo para ti. Ahora que solo quedan espinas tíralas”. Pero María sacudió la cabeza y respondió: “Ahora conozco el secreto de las rosas, ¿Cómo voy a poder separarme de ellas?” Y con cuidado recubrió con su manto el ramo, que no tenía necesidad de ser protegido. Las palabras del soldado resonaban todavía en su corazón: “La gente podía pensar lo que quisiese. Estas espinas María las había visto florecer, ¿Por qué las iba a despreciar ahora? Un dulce perfume de rosas subió hasta María. Echó una mirada prudente bajo su manto: ¡Que esplendor! Las ramas estaban de nuevo cubiertas de flores. En el establo de Belén, cuando el niño Jesús vino al mundo, los capullos florecían aún.

Tercera Semana

MENSAJE DEL ÁNGEL BLANCO SEMANA DEL REINO ANIMAL



PODEMOS COLOCAR UNA TELA BLANCA O AMARILLO SUGIRIENDO UNA SENCILLA CASA AL FONDO. LOS ANIMALES VAN LLEGANDO: ES TIEMPO DE PONER EN EL CAMINO DE BELÉN OVEJAS, BUEYES Y OTROS ANIMALITOS (EXCEPTO EL BURRO QUE ESTÁ DESDE EL INICIO), PÁJAROS SE ACERCAN Y AGUARDAN EL NACIMIENTO. MADRE Y PADRE ESTÁN EN CAMINO, CON EL BUEN BURRO.

A LOS NIÑOS LES ENCANTA COLOCAR A LOS ANIMALITOS ALREDEDOR DE LA HUMILDE CASA. NO SE PREOCUPEN ACERCA DE LA PROPORCIÓN DE PIEZAS. TODOS SON CURIOSOS Y QUIEREN PARTICIPAR.

TERCER DOMINGO

EL ÁNGEL BLANCO

El tercer domingo, un Ángel completamente blanco y luminoso desciende hacia la tierra. Tiene en su mano derecha un rayo de sol que posee un poder maravilloso. Va hacia todos los seres humanos en cuyos corazones el Ángel Rojo ha encontrado amor verdadero y los toca con su rayo de luz. Entonces esta luz penetra en sus corazones y los ilumina y calienta desde su interior. Y es como si el mismo sol alumbrara a través de sus ojos y descendiera por sus manos, pies y todo su cuerpo. Aún los más pobres, los más humildes de entre los hombres, son así transformados y comienzan a parecerse a los Ángeles, si tienen un poco de amor puro en sus corazones.

Pero no todo el mundo ve a éste Ángel Blanco, sólo lo ven los Ángeles y aquellos cuyos ojos han sido iluminados por su luz. Sólo con esta luz, en Navidad se puede ver también al niño que nace en el pesebre.



LOS RATONES DE NAVIDAD

Había en Belén un establo muy viejo y destartalado. Ahí vivía el buey Remus. El heno y la paja estaban esparcidos por el suelo. En un rincón, había un pesebre: el comedero de Remus. Es este establo donde debía nacer el Niño Jesús. Antes del gran día, el Ángel Gabriel vino a ver el estado del lugar. ¡Qué desorden! Estaba asustado y gritó indignado: “¡En este lugar miserable el hijo de Dios no puede venir al mundo! Remus, córrrete: es necesario que este lugar esté limpio y arreglado”. El buey contemplaba al Ángel con sus ojos redondos y grandes y continuaba comiendo tranquilamente. El establo había estado siempre tal como estaba; ¿por qué ahora había que cambiar todo?

El Ángel Gabriel se hubiese puesto manos a la obra él mismo. Pero las manos de los Ángeles están tejidas de luz y no pueden agarrar nada. ¿A quién pedir ayuda? Hubo de repente un ligero silbido. El Ángel miró alrededor de él: en un rincón del establo, percibió un ratoncito que salía de su agujero. Había visto al Ángel y llamaba a sus hijitos: “Rápido, ¡vengan a ver la aparición celestial!”. Gabriel se dirigió entonces a los ratoncitos y les pidió: “¿Queréis ayudarme? ¡Mirad un poco el desorden de este establo! Sería necesario que en Navidad todo esté en orden para el nacimiento del niño Jesús”. Los ratones no se hicieron de rogar. Salieron rápido de su agujero. Cada uno agarraba una pajita que la llevaba y volvía enseguida para buscar otra. En casi nada de tiempo el viejo establo estaba limpio. El buey tuvo que confesar que jamás se había sentido tan a gusto. El Ángel Gabriel alabó a los ratones y les dijo: “Puesto que habéis trabajado tan bien, se os llamará de ahora en adelante: los ratones de Navidad. Cuando el niño Jesús venga al mundo, vosotros estaréis entre los primeros en poder contemplarlo”.

En cuanto a los ratones, felices, esperaron Navidad con impaciencia.

PORQUE SE ALEGRARON LOS CORDERITOS CUANDO SE ANUNCIÓ LA NAVIDAD

Poco tiempo después de que el Arcángel Gabriel hubo visitado a la Virgen María, se puso ésta en camino para visitar a su prima Isabel que también esperaba un hijo. Para ello, tuvo que atravesar valles y montañas, durante varios días. Un día, cuando todavía estaba lejos del pueblo más cercano, se hizo de noche. Buscó un lugar donde dormir, pero no encontró ninguna casa donde albergarse. Solamente unos corderitos bastaban por allí cerca. Entonces, María se recostó en el suelo bajo un árbol.

Pero he aquí que empezó a sentir frío y pensó para sí: "Quisiera Dios, que si paso frío en esta noche, mi pequeño niño que llevo dentro de mí no sufra ningún daño".

Entonces, al momento, y de todas partes, se acercaron los corderitos y con sus calientes y gruesas pieles de lana la arroparon y calentaron. Así que, en poco tiempo, se encontró totalmente rodeada por todos ellos, desde los más grandes hasta los más pequeños. Los corderitos se habían dado cuenta de que María era una madre santa, pues llevaba en ella al Niño Dios. Por eso no habían tenido ningún miedo y se habían estrechado los unos contra los otros para proteger al niño del frío.

Y he aquí que, por la noche, apareció el ángel y dijo a los corderitos: "Porque habéis calentado a María Madre y al niño de Dios, seréis los primeros en conocer la Buena Nueva del nacimiento del Niño de Dios en la Tierra".

Así fue como los corderitos tuvieron un secreto, del que mucho se alegraban. Y de esto no contaron nada a nadie, ni siquiera a los pastores, ni a los perros que cuidaban los rebaños.

Al día siguiente, continuó a María su camino, caliente y fortalecida. Llegó a casa de su prima Isabel sana y salva y permaneció durante tres meses junto a ella.



EL PERRO DEL PASTOR

María y José caminaban hacia Belén y buscaban un albergue para pasar allí la noche. Aquel día todavía no habían encontrado nada y pensaban dormir otra vez al aire libre. José percibió entonces a la sombra del crepúsculo, una casita no iluminada y así, María y José se aproximaron llenos de esperanza. Era un aprisco, una casita de pastor. Poco importaba si encontraban allí un techo y calor. Pero no habían contado con Finod.

Finod era el perro del pastor. Durante el día, cuidaba de las ovejas en el prado. Por la noche, cazaba a los merodeadores y a los ladrones que se aproximaban al establo. Desde que olfateó a María y José, Finod se levantó de un salto y sacudió violentamente la cadena a la que estaba atado. Corrió en dirección a los intrusos y ladró con forma amenazante. Sus “¡guau-guau!” significaban: “Tengan cuidado, aquí estoy yo, el dueño. No os acerquéis”. Ante estos ladridos furiosos, José levantó los hombros y se dio media vuelta diciendo a María: “¡No hay esperanza! Este guardián es sin duda más intratable todavía que un hombre de corazón duro”. María quedó inmovilizada también. Finod estaba contento de sí, pues tenía a los extraños a distancia. María insistió entonces y dijo: “José, tratemos igual, estamos agotados. Sin techo no encontraremos el sueño”. Dicho y hecho; se dirigió hacia el establo con pasos tranquilos.

Finod entró en una rabia loca. Ladraba y tiraba de la cadena en dirección a María, cuando de repente pasó algo inesperado. Antes que José hubiese podido intervenir, María había llegado cerca del perro. Y ¿qué hacía Finod? Observaba a María que avanzaba a su encuentro y movía su cola alegremente. Cuando María estuvo muy cerca, Finod dio unos brincos hacia ella, como un cabrito, y después se acostó sobre su lomo. María se inclinó hacia él y le acarició el vientre. Cuando José se aproximó a ellos, Finod gruñó por última vez, pero la dulce mano de la madre de Dios lo calmó enseguida.



María dijo a José “¡Mira cómo ha tirado este tontuelo! Su cuello está todo herido”. María rozó sus llagas con sus dedos. El perro no se quejó ni siquiera por el contacto. tima vez, pero la dulce mano de la madre de Dios lo calmó enseguida.

Finod se hubiese quedado toda la noche a los pies de María, si hubiese podido. Pero su lugar no estaba en el establo, lo sabía muy bien. Entonces se acostó afuera contra la puerta. Su corazón latía fuerte de alegría; ¡Qué gran responsabilidad tenía! ¿No iba a proteger esa noche a la madre de Dios?

Temprano a la mañana, el pastor vino a ocuparse de sus ovejas. De lejos fue testigo de un cuadro sorprendente. La puerta del establo se abrió, un hombre y una mujer hermosos salieron de allí seguidos de un burrito. Finod, el famoso perro guardián, saltó a su encuentro moviendo la cola, y lamió las manos de la mujer. En el interior del establo, las ovejas balaban, cosa que no hacen a menos que se aproxime una persona que conozcan bien y que la quieran. El pastor observó la escena como en un sueño. Cuando volvió en sí, María y José habían desaparecido. El pastor se dirigió a su perro: “Y bien Finod, ¿quiénes eran tus huéspedes?”. ¡Si hubiese entendido el lenguaje de los perros! Finod le hubiera revelado seguramente lo que había pasado a la noche en el establo.

Cuando el pastor se inclinó hacia el perro, vio que las heridas de su cuello habían sido curadas durante la noche. Y quedó más sorprendido todavía.



LA TELA DE ARAÑA

Una noche, María y José habían encontrado refugio en una cueva para dormir. Al entrar una gran araña pasó delante de ellos. José quiso cazarla con su bastón. María le dijo dulcemente: “Deja este animalito en paz, José. Lo que Dios ha creado no me va a dar miedo. Además, la cueva es lo suficiente grande para todos”. Poco después se acostaron.

Esta noche el viento sopló violentamente. Sacaba el polvo de las estrellas: el cielo debía estar reluciente para el nacimiento del niño Jesús. En Navidad, los astros debían brillar como oro puro. Así el viento soplaba con todas sus fuerzas.

En la cueva, María estaba temblando de frío y no podía dormirse. Estaba bien envuelta en su manto bordado de estrellas, pero el viento se infiltraba por todas partes. José, acostado a su lado dormía profundamente y no se daba cuenta de nada.

Pero alguien percibió lo que allí pasaba: la araña. Ella portaba a María en su pequeño corazón, por haber pronunciado palabras tan protectoras para ella. Así se puso a trabajar y tejó una tela maravillosa en la entrada de la cueva. Pensáis sin duda, que una tela de araña no retiene el viento. Pues bien, ésta sí, hacía el efecto de una gruesa cortina. Era tan fina y tan sólida que el viento no se filtraba más al interior de la cueva. Y María se durmió enseguida.

Al despertarse vio la tela de araña: “Gracias a ti yo he podido dormir”, le dijo. “Eres buena, gracias”. La araña escondida en una grieta de la roca estaba colmada de alegría.



LAS PROVISIONES DE LA ARDILLA

La ardilla había juntado abundantes reservas de nueces. Las había escondido acá y allá y las había recubierto cuidadosamente de ramas, de tierras y de hojas. Era importante que las provisiones estuviesen en un lugar seguro, protegidas y bien escondidas. Pero he aquí que la ardilla era incapaz ella misma de encontrar sus escondijos... ¡Qué pena!, la naturaleza le había ofrecido una mesa ricamente provista y ahora estaba sin nada. La ardilla no encontraba nada más que viejos restos. Y a pesar de sus provisiones, sufría hambre. Esto era bien fastidioso. Sólo podía hacer una cosa, una cosa que no le gustaba nada: tenía que aventurarse a ir a las casas de los hombres en busca de algún alimento.

Fue así como un día la ardilla fue testigo de una triste escena. Unas personas pobres habían golpeado a la puerta de una habitación para pedir limosna. La posadera del albergue fue a abrir. Los injurió y los echó a grandes gritos. La ardilla percibió sus rostros tan tristes y se sintió muy mal. En su corazoncito deseaba ayudarles. ¡Si por lo menos pudiese volver a encontrar sus provisiones!

Salió saltando hacia el bosque y se puso a buscar una vez más. Y de repente se hizo bien fácil. No era que le había vuelto la memoria, sino que allí donde estaban escondidas las nueces le parecía ver pequeñas lucecitas. La ardilla fue allí a escarbar y volvió a encontrar sus reservas. Llenó sus carrillos de nueces y corrió enseguida a seguir a los viajeros. Estaba un poco temerosa, pero su timidez se fundió bajo las dulces miradas de María y José.



Con presteza, saltó cerca de ellos y dejó en el camino dos nueces para cada uno. Diréis sin duda: ¡dos nueces es muy poco para un estómago vacío! Pero lo que se da con amor siempre es más de lo que parece. María y José le agradecieron a la ardillita. Comieron sus nueces y su hambre quedó calmada.

Desde ese día, la ardilla tuvo la vida más fácil. Cuando se ponía a buscar sus provisiones escondidas, el suelo se iluminaba suavemente por los lugares y nunca más escarbó en vano.



EL VELLÓN DE LA OVEJA

Copo-blanco era la ovejita más linda de todo el rebaño. Su lana era efectivamente la más blanca y la más luminosa. Pero esto era todo lo que la distinguía de las otras ovejas, con las cuales iba de buena gana al prado todas las mañanas. Y a la noche volvía a entrar dócilmente al establo. Llegó el tiempo de la esquila y Copo-blanco se volvió irreconocible. Mientras que las otras ovejas se dejaban esquilar, Copo-blanco huía en cuanto tendían la mano hacia su vellón. No había nada que hacer, no quería dar su lana. El pastor se cansó finalmente de correr tras ella: "Puesto que Copo-blanco no se deja atrapar, que se quede con su abrigo de invierno. Veremos cómo soporta los calores del verano...".

Las ovejas esquiladas pacían en el prado. Se vendía su lana en el mercado. Se habían hecho grandes fardos. Copo-blanco se paseaba con su vellón abrigado. El verano llegó y el calor era a veces agobiante. La pequeña ovejita buscaba siempre el frescor de las sombras y el pastor se dio cuenta que Copo-blanco sufría. Él le

habría librado con gusto de su gruesa lana. Pero desde que Copo-blanco veía las tijeras huía lejos. ¿Por qué quería guardar su bella

lana blanca?

Llegó el momento en que María y José se habían refugiado en el albergue para pasar allí la noche y al día siguiente, Copo-blanco fue hacia el pastor y no lo dejaba en paz buscando hacerle comprender que deseaba ser esquilada ahora. "Este no es el momento", dijo el pastor. Pero sin embargo Copo-blanco no dejaba de insistir. En vano, el pastor se hacía el sordo. La ovejita se puso entonces muy triste. Rechazaba ser alimentada y nada ni nadie podía llevarla a comer.



El pastor suspiró: “Entonces hay que hacer tu voluntad”. Buscó las tijeras y se puso a esquilar la oveja. Copo-blanco se quedaba perfectamente tranquila, dócil como el cordero más dulce. Cuando terminó lo guardó muy bien, como algo precioso. Lo quería vender en el próximo mercado. Pero he aquí que pasó un tiempo y el día del mercado llegó; “¿dónde estaba pues el hermoso vellón?” ¡El pastor lo había ofrecido hace un siglo! ...

El día de Navidad, él había ido a Belén, al establo y había llevado la lana al niño Jesús. Entonces comprendió a quien Copo-blanco reservaba su bello vellón blanco.



Cuarta Semana

MENSAJE DEL ÁNGEL LILA SEMANA DEL REINO HUMANO



LOS PASTORES DE SENCILLO CORAZÓN SE ACERCAN TAMBIÉN A RECIBIR AL NIÑO,
TRAYENDO SUS REGALOS A LA HUMILDE CASA QUE LOS COBIJA. TODA LA
CREACIÓN SE REÚNE EN RECOGIMIENTO Y AMOR ANTE EL MISTERIO DEL
NACIMIENTO DE LA NUEVA VIDA EN LA TIERRA.

PODEMOS INVITAR A TODA LA FAMILIA A ESCRIBIR O DIBUJAR SUS BUENOS
DESEOS Y COLOCARLOS EN UNA PEQUEÑA CESTA CUBRIÉNDOLOS CON UNA
TELITA ROJA.

CUARTO DOMINGO

EL ÁNGEL LILA

El último domingo antes de Navidad, es un gran Ángel, con capa de un violeta muy tierno y cálido, el que aparece en el cielo y pasa sobre toda la tierra, llevando en sus manos una gran lira. Toca con esta lira una música muy dulce, acompañando su canto, que es muy armonioso y claro. Pero para escucharlo hay que tener un corazón silencioso y atento.

Su música es el gran canto de la Paz, el canto del niño Jesús y del Reino de Dios que viene sobre la tierra. Muchos ángeles lo acompañan y ellos también cantan y se regocijan en el cielo.

Entonces todas las semillas que duermen en la tierra se despiertan y la misma tierra escucha y se estremece: el canto de los ángeles le dice que Dios no la olvida y que algún día ella será de nuevo un paraíso.

LOS PASTORES CERCA DEL FUEGO

En los campos, no lejos de Belén, algunos pastores estaban sentados alrededor de un fuego, pues refresca bastante a la noche. Sus ovejas descansaban apaciblemente en un gran círculo alrededor de ellos. Solo sus perros estaban en movimiento e iban de aquí para allá, como bravos perros guardianes.

Samuel, el más joven de los pastores suspiró: “Qué lindo sería sin la amenaza del lobo...”. Jacob sacudió la cabeza irritado: “¿Para qué soñar?”, replicó. “Mientras que haya ovejas, habrá lobos para atraparlas”. Entonces el viejo Elías levantó su cabeza de cabello blanco. Fijó sus ojos claros en sus compañeros y dijo con un tono misterioso: “¿Quién sabe, quién sabe? Está escrito que un día vendrá, en que lobos y ovejas pacerán apaciblemente juntos”. “¿Cuándo vendrá ese día?”, inquirió enseguida Samuel. El anciano inclinó la cabeza asintiendo con circunspección: “La escritura dice que un día el hijo de Dios vendrá entre los hombres. Entonces no habrá más odio sobre la tierra y la paz reinará entre los hombres y los animales. En cuanto a la fecha, nadie lo sabe”.

Los pastores contemplaban el fuego pensativos. De repente escucharon a alguien cantar y este canto era tan dulce que les conmovió el corazón. Se volvieron en dirección a la voz: por el camino que conducía al pueblo, vieron a un anciano, y a una mujer joven. Ella estaba envuelta con un manto azul. Un burrito les acompañaba. Ella cantaba para el niño que llevaba bajo su corazón y una serena paz colmó el alma de aquellos que la escuchaban. Los pastores siguieron con la mirada a la mujer hasta que hubo desaparecido. Después se volvieron hacia el fuego y se dieron cuenta que las ovejas tenían también sus cabezas vueltas hacia Belén. Los perros habían cesado sus idas y venidas y se mantenían tranquilos, con las orejas a la escucha.



De pronto Samuel señaló algo con el dedo. Murmuró: “¡Miren, allá! Ese no es uno de nuestros perros; es el lobo”. Los otros pastores habían seguido su gesto. Aprobaron con la cabeza. Sí, era en efecto un lobo, allá abajo cerca de las ovejas; prendado como ellas por la magia del canto, miraba hacia Belén. El rostro del anciano Elías se iluminó: “¿No hablábamos de un milagro que nos parecía todavía lejano? Ahora el día está muy cerca. El hijo de Dios va a nacer. No hay ninguna duda, los signos son claros; el lobo pace tranquilamente al lado de los corderos”. Samuel se volvió hacia el anciano: “¿Quieres decir, padrecito, que la joven mujer que cantaba tan maravillosamente es la madre del niño divino?”, preguntó.

“Exactamente, eso es lo que yo pienso”, aprobó Elías. “Esta joven mujer debe ser la madre de Dios”. Y en esto, el viejo pastor tenía toda la razón.



EL VIEJO GUARDA

Simeón, el anciano guarda, estaba sentado a la ventana. Miraba caer la nieve y pensaba en el tiempo pasado. Tenía noventa años y había pasado más de sesenta guardando las puertas de Belén. Las abría por la mañana con los primeros rayos de sol. Y por la noche con los últimos rayos las volvía a cerrar. ¡Había visto tanta gente entrar y salir del pueblo! Con el tiempo, había aprendido a distinguir las intenciones de cada uno: buenas o malas. Ahora sus fuerzas le abandonaban y le hacía mal levantar la gran llave. En cuanto a la puerta era tan pesada que el anciano Simeón no podía abrirla. Un guarda joven había tomado su puesto. Simeón solo era responsable de una pequeña puerta al este del pueblo. Jamás en su vida la había visto abierta. Sin embargo se la llamaba “La puerta Alta”. Cuando había comenzado su carrera de guardián, su predecesor le había confiado la llave, y le había recomendado de cuidar que no se derrumbase. Pues añadió: “un día será necesario abrir la Puerta Alta. Cuando haya llegado el momento, lo sabrás con certeza”.

Durante todo el tiempo de su servicio, Simeón había cuidado la llave. ¿Llegará el momento de abrir la Puerta Alta? Sumido en estos pensamientos, el anciano se levantó cuidadosamente de su silla. Fue hacia el armario y sacó la llave. Después volvió a sentarse en la ventana, mirando caer la nieve silenciosa, Simeón frotaba la llave con el borde de su manto de lana. Era una llave de hierro, pero ahora relucía como una llave de plata. Simeón volvió a pensar en las palabras de su predecesor. “Un día, habrá que abrir la Puerta Alta.

Cuando haya llegado el momento lo sabrás”.

Cada vez que pensaba en esto, el anciano se preguntaba si, por descuido, no habría dejado pasar la gran ocasión y si no se habría dormido en el momento oportuno. En este instante, le pareció que el cielo se aclaraba al Este, como si las nubes de nieve se abriesen en esa dirección. La luz se intensificaba y tomó forma de una puerta alta toda dorada.

Y la puerta se abrió, y un niño pasó por el umbral, miró a su alrededor y luego con su manita hizo un gesto amistoso en dirección del viejo guarda. El niño comenzó a descender hacia la tierra, por un camino que no era visible. Siempre miraba de nuevo a Simeón que observaba la escena estupefacto. De repente, el anciano gritó: “¡La Puerta Alta! El niño se dirige hacia la Puerta Alta, mientras que yo me quedo al calor mirando boquiabierto”. Se levantó con sus viejas piernas lo más rápido posible, envuelto con su manto de lana, salió en la nieve hacia la muralla del Este del pueblo. En el camino no se cruzó con nadie. No era de extrañar: por el tiempo que hacía, la gente queda en sus casas. El anciano no veía ya la puerta de oro en el cielo, pero hacia el este distinguía todo el tiempo un resplandor. Llegó por fin a la Puerta Alta. Introdujo la llave que había cuidado tanto en la cerradura y abrió fácilmente, sin ningún ruido. El niño estaba en el umbral. Tendió su mano pequeña confiando en Simeón: “Gracias por haber escuchado la llamada y haberme abierto la puerta” le dijo “mira, yo he dejado también una puerta abierta, es para ti”.

El viejo guarda levantó sus ojos y vio en el cielo la Puerta de Oro, estaba abierta, muy grande: un camino luminoso conducía hasta ella. Simeón, radiante de alegría, se dirigió enseguida hacia la puerta de los cielos. El niño le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido.

Después de unos días, todo el mundo se preguntaba dónde estaba el viejo guarda. Salieron en su busca pero nadie lo encontró. Así, unos extranjeros habían llegado al pueblo: un hombre, una mujer joven y un burro, que el guarda estaba seguro de no haberlos visto pasar. ¿Cómo habían entrado?

Asombrado, el joven guarda fue a controlar la Puerta Alta: ¡estaba completamente abierta y la llave había quedado en la cerradura! “¡El viejo Simeón ha debido perder la cabeza! Ha abierto la puerta y se ha ido” murmuró. Cerró la puerta y se llevó la llave. Jamás se dudó que aquel que debía entrar por la Puerta Alta estaba ya en el pueblo.

EL PEQUEÑO FLAUTISTA

Daniel paseaba por las calles de Belén tocando su flauta. ¡Qué música tan alegre! Aquellos que la escuchaban tenían el corazón contento. Sin embargo nadie envidiaba la suerte de Daniel. Desde su nacimiento, su corazón era débil, lo que no le permitía jugar con los otros chicos. Cojeaba un poco de la pierna izquierda y además, era ciego. Eso era lo más triste. Jamás había visto el sol, ni el cielo, ni las maravillas del mundo. Pero sin embargo, las melodías que tocaba no tenían nada de triste.

Daniel era un muchacho feliz, y su alegría era contagiosa. Una mañana, una espesa niebla envolvía el pueblo. Al mirar por las ventanas los habitantes solo veían un velo gris. Las callejuelas y los lugares conocidos parecían irreales. Esto no era lindo para nadie menos para Daniel. La niebla no lo podía retener en casa. Al contrario; ese día, Daniel tenía más que nunca ganas de salir. En esa época, todavía no se festejaba la Navidad, por supuesto. Pero la alegría que sentía el chico era muy parecida a la que sentimos al acercarse la fiesta de la luz. Él tomó su flauta, y después se dejó guiar por su fino oído. Se dirigió hacia la puerta del pueblo, salió y caminó al lado del muro que rodeaba el pueblo y fue a sentarse en su piedra preferida. Sentado así en medio de la niebla, tocaba en su flauta: “¡Hija de Sion, regocíjate!”. En ese momento no era el niño ciego, era una orquesta nupcial que tocaba para el novio real y su joven esposa. Daniel tocaba con todo su corazón y no se dio cuenta de los velos de bruma que flotaban alrededor de él e impedían a la gente ver; el tocaba, pero ¿por qué tocaba? ¡Para que María y José encontraran el camino de la Puerta Alta! Pues tenía que cumplirse la profecía que decía que entrarían por esta puerta al pueblo.

María y José se habían perdido en la niebla y erraban al azar en este mundo velado. De repente escucharon el canto de una flauta: “Hija de Sion, regocíjate”. María y José se pararon para escuchar el canto maravilloso; después continuaron la marcha en dirección de donde venía esta dulce música

Enseguida María percibió surgiendo de la niebla, la silueta de un muchachito sentado sobre una piedra con la flauta en los labios: “¿Quién es este enviado de Dios, se preguntó, que parece estar aquí para guiarnos?” Escucharon al pequeño músico sin moverse, sin interrumpir. Cuando hubo terminado su canto, Daniel se volvió hacia ellos: “¿Quiénes sois?”, les preguntó, “¿Qué hacéis aquí?”. “Somos gente pobre; ¿quieres indicarnos el camino a Belén?”; respondió José. “¿Vosotros gente pobre?” dijo el chico asombrado. Durante un momento, su mirada parecía examinarlos atentamente. Añadió finalmente: “Estáis al pie del muro que la rodea. Siguiéndolo, llegaréis delante de la puerta”. María y José percibieron ahora la sombra de la muralla. Agradecieron al pequeño flautista y continuaron su camino. Es así como llegaron a la Puerta Alta, la cual encontraron abierta, con la llave plateada en la cerradura... y entraron en el pueblo.

María y José escuchaban alejarse el sonido de la flauta. Daniel tocaba más y más. Era necesario que su alegría se expresase, pues había visto algo maravilloso. Se había sentido bañado en una luz y en ella había percibido a dos personas que llevaban con ellos un niño. Y el niño le había hecho una señal: “¡Ven!”. Oh, sí, Daniel iría, iría cuando llegase el momento. Por ahora no podía más que soplar y soplar en su flauta, como si, por su música tuviese que disipar la niebla y la ceguera de los hombres.



NOCHEBUENA

Era un día de Navidad. Todos habían ido a la iglesia, excepto las abuelitas y yo. Me parece que estábamos completamente solas en casa. No habíamos podido ir con los demás; una por demasiado niña, la otra por demasiado vieja, y las dos estábamos tristes por no poder oír el canto de maitines ni ver las lucecitas navideñas. Estando así sentadas, solas, empezó la abuelita una de sus narraciones:

“Érase una vez un hombre que salió una noche muy oscura para conseguir fuego. Iba llamando de puerta en puerta y decía:

-¡Buenas gentes, socorredme! Mi mujer acaba de tener un niño y necesito encender fuego para calentarla a ella y al pequeño;-

Pero la noche estaba muy avanzada; todos dormían y nadie le respondió. El hombre anduvo y anduvo. Por fin divisó a lo lejos el resplandor de una hoguera, encaminó hacia allí sus pasos y vio que la fogata ardía al aire libre. Multitud de ovejas blancas dormían alrededor del fuego y un pastor ya anciano velaba en la noche. Cuando el hombre que buscaba fuego se acercó al rebaño, vio que tres perros enormes dormían a los pies del pastor. Los tres despertaron a su llegada y abrieron sus anchas fauces como disponiéndose a ladrar pero no se oyó sonido alguno. El hombre vio cómo se les erizaba el pelo del espinazo, cómo relucían al resplandor del fuego sus dientes afilados y blancos y cómo se abalanzaban sobre él. Sintió que uno de ellos intentaba alcanzar sus piernas y otro su mano, un tercero se colgaba de su garganta. Pero las mandíbulas y los dientes con que los perros pretendían morder no les obedecieron y el hombre no sufrió menor daño.

Entonces quiso el hombre seguir adelante en busca de lo que necesitaba, pero las ovejas yacían tan apretadas lomo contra lomo que impedían dar un solo paso. Se encaramó, pues, sobre las espaldas de los animales y anduvo sobre ellas hacia el fuego y, ni un solo animal se despertó ni se movió”



Hasta aquí había contado la abuela sin ser interrumpida, pero al llegar a este punto no pude contenerme y pregunté:
“¿Por qué no se movieron abuelita?”; “Pronto lo sabrás” respondió ella y siguió su historia.

“Cuando ya el hombre se hallaba muy cerca del fuego, el pastor lo miró. Era un viejo adusto, desabrido y duro para todos. Al ver acercarse a un extraño, agarró un cayado largo y puntiagudo que solía tener en la mano cuando apacentaba el rebaño y lo arrojó contra él. La vara salió disparada hacia el hombre y antes de que llegara a él se desvió sin rozarlo perdiéndose lejos”.

De nuevo, interrumpí a la abuelita: “Abuela, ¿por qué no quiso el bastón pegar al hombre?”. Pero la abuela no me respondió y siguió con su narración.

“Entonces el hombre se acercó al pastor y le dijo:

- Amigo, ayúdame y préstame un poco de tu fuego. Mi mujer acaba de tener un niño y necesito calentarla a ella y al pequeño. –
El pastor hubiese dicho con gusto que no, pero al recordar que los perros no habían podido dañar a aquel hombre, que las ovejas no habían huido de él y que su cayado no había querido herirlo, se asustó un poco y no se atrevió a negar al extraño lo que le pedía:
-- Toma todo lo que necesites.-- Le dijo.

Pero el fuego estaba casi consumido. No quedaban ya troncos ni ramas, sino sólo un gran rescoldo y el forastero no tenía pala ni cubo con qué transportar las rojas ascuas. Al advertirlo, el pastor repitió:
-- Toma todo el que necesites. - Alegrándose para sus adentros de que no podría llevar nada.

Pero el hombre se inclinó, sacó con sus manos desnudas los carbones de entre la ceniza y los colocó en su manto. Los carbones no quemaron sus manos ni tampoco su manto, sino que se los llevó tan fácilmente como si se tratara de nueces o manzanas”.



Al llegar aquí fue interrumpida por tercera vez la narradora:
“Abuelita, ¿por qué no quiso el carbón quemar al hombre?”. “Ya lo sabrás”, dijo la abuelita y siguió contando.

“Cuando el pastor, que era un hombre tan malo y adusto vio todo aquello, empezó a asombrarse y se dijo:

- ¿Qué noche puede ser ésta en que los perros no muerden a los extraños, las ovejas no se asustan, las lanzas no matan y el fuego no quema? – Llamó al forastero y le dijo: -¿Qué noche es esta, y por qué todas las cosas muestran misericordia?-

Entonces dijo el hombre:

-Yo no puedo decírtelo, si tú no lo ves por ti mismo-.

Y quiso partir para encender pronto el fuego y poder calentar a la mujer y al niño. Entonces el pastor pensó que no podía perderlo de vista sin haber averiguado todo lo que aquello significaba. Se levantó y lo siguió hasta llegar donde habitaba el forastero.

El pastor vio que el hombre no tenía siquiera una choza en qué vivir. La mujer y el hijo yacían en una cueva donde no había otra cosa que las paredes de piedra, húmedas y frías. Viendo todo esto pensó que quizás el pequeño pobre e inocente moriría de frío en aquella gruta; y que aunque era un hombre duro, se conmovió y decidió ayudar al niño. Descolgó el zurrón que llevaba al hombro y sacó de él una piel blanca y suave que entregó al hombre para que colocara sobre ella al pequeño; y en el mismo instante que mostró que también él podía sentir piedad, se abrieron sus ojos y vio lo que antes no había podido ver y oyó lo que antes no había podido oír: vio a su alrededor un inmenso coro de pequeños ángeles de alas de plata. Cada uno sostenía una lira en la mano y todos cantaban a plena voz a aquella noche que había nacido el Redentor que borraría los pecados del mundo.



Entonces comprendió por qué aquella noche estaban todas las cosas tan alegres que no querían dañar a nadie. No sólo había ángeles alrededor del pastor, sino que éste los vio por todas partes. Estaban sentados en la gruta y en la montaña, y volaban por el cielo. Llegaban en tropel por el camino y al pasar ante la cueva se detenían y contemplaban al Niño. Imperaba por doquier el júbilo, la dicha, los cánticos y los juegos. Y todo lo veía el pastor en la noche oscura en la que antes nada había podido percibir. Le invadió un gozo tan intenso al comprender que sus ojos se habían abierto, que cayendo de rodillas dio gracias a dios”.

Al llegar a este punto, la abuelita suspiró diciendo: “Pero lo que vio el pastor también somos capaces de verlo nosotros si somos capaces de reparar en ello, pues cada Nochebuena vuelan los ángeles por cielo”.

Colocando su mano sobre mi cabeza concluyó: “No olvides lo que te he contado, porque es tan cierto como que yo te veo y tú me ves. No se precisa de luces ni lámparas; no depende de la luna ni del sol; lo necesario es tener los ojos capaces de ver la magnificencia del Señor”.

**ESPERO QUE LO HAYAN DISFRUTADO TANTO COMO LO
HACEMOS NOSOTROS EN FAMILIA Y AMIGOS TODAS
LAS NAVIDADES, QUE PLACER ACOMPAÑARLOS EN UNA
NAVIDAD SENTIDA**

con todo el amor

Jésica Sueldo ♥ Cíclica Ancestral